

# EXCELSIOR

EL PERIODICO DE LA VIDA NACIONAL

ECONOMIA Y FINANZAS

Semana del 28 de Abril al 4 de Mayo

Lunes 11 de Mayo de 1981

## Se Hacen y se Pierden Fortunas en un día Reina la Especulación en Argentina

Por EDWARD SCHUMACHER,  
de The New York Times

BUENOS AIRES, 10 de mayo. Los países de todo el mundo están tratando de combatir la inflación. Lo mismo sucede con los argentinos.

En los últimos 30 años muchas naciones han subido y bajado en los diferentes niveles de inflación, pero Argentina se ha quedado cerca de la cúspide. La tasa de incremento en los precios al consumidor llegó a un nivel máximo de casi 450 por ciento en 1976. El año pasado, se encontraba a menos de 90 por ciento, y algunos funcionarios del gobierno consideraron esto como un éxito. Pero este año muchos economistas esperan que el índice se dispare nuevamente.

La inflación contribuyó a un costo de la vida que el Departamento de Estado coloca únicamente después del de Japón. Un periódico cuesta 60 centavos de dólar. Una taza de café en una cafetería común cuesta un dólar. Las rentas de los departamentos de dos recámaras, en áreas elegantes, empiezan desde 2.000 dólares al mes.

Las causas se pierden en montañas de estadísticas y teorías económicas diferentes. Los efectos se encuentran en las tiendas atestadas y en los consultorios abarrotados de los siquiátricos, en un cinismo nacional y —en ocasiones— en una tristeza individual que ha ayudado a remplazar la reputación de alegría del país.

"Durante diez años nos han dicho que las cosas mejorarán", señaló Alberto Piro, mientras arreglaba las frutas y verduras de su pequeña tienda. "Ahora sólo esperamos mejores momentos".

Mientras tanto, los argentinos han recurrido al ingenio, creando un país de especuladores y trabajadores con dos empleos a la vez, de dinero rápido y mala suerte.

Jugar con las tasas de interés se ha convertido en un pasatiempo nacional. Los certificados de ahorro a 30 días —y nadie expone su dinero por más tiempo— pagan intereses a una tasa anual de aproximadamente ciento por ciento.

Gente con calculadora de bolsillo se paran diariamente frente a las ventanas de los bancos para estudiar las tasas publicadas del día. En el último año, más de 40 pequeños bancos y casas financieras se han desplomado en las negociaciones constantes. Mientras los rumores de que un lugar está por fracasar ocasionan que la gente empiece a asediar a la institu-

ción, los más atrevidos incrementan sus depósitos con la esperanza de obtener tasas más elevadas y ser salvados por las garantías gubernamentales sobre los depósitos.

Pero los consumidores pagan aún más por las hipotecas, préstamos para adquirir automóviles, etc. El interés por lo general se fija según el índice de inflación, así que las compras a crédito son una aventura hacia lo desconocido con respecto a los pagos.

Las tasas de interés son tan elevadas que los banqueros estadounidenses son cortejados por los argentinos que desean adquirir préstamos de varios millones de dólares, que convierten a pesos y depositan en los bancos locales, con frecuencia ganando los suficientes intereses en un mes para liquidar el préstamo y obtener una atractiva utilidad.

El plan funciona mientras la tasa de interés sobrepase las devaluaciones. En los últimos dos meses, sin embargo, el gobierno devaluó el peso 40 por ciento. Algunos millonarios instantáneos se han convertido en pobres instantáneos, aunque muchos anticiparon la devaluación y recurrieron a las reservas exteriores al cambiar a dólares, marcos, yens y oro.

La especulación ayudó a crear una gran clase de nuevos ricos.

Los acaudalados, nuevos o antiguos, continúan la tradición argentina de enviar dinero a Zurich y comprar terrenos —o al menos departamentos— en Punta del Este, Miami y Nueva York así como en esta ciudad.

Pero también hay perdedores, incluso entre los ricos. Una señora de edad madura a la que se entrevistó en un mercado de alimentos, se quejó amargamente. Antes tenía dos sirvientas de tiem-

po completo. Ahora sólo tiene una sirvienta que trabaja sólo dos veces a la semana. "Es terrible", dijo.

En una tienda, Mary Rollinson, estadounidense que vive aquí, dijo: "muchas gente hace todo lo posible por vivir bien aunque se encuentre al borde de la bancarrota y no pueda pagar la renta".

El Ministerio de Economía dice que el ingreso real aumentó en los últimos años. Ciertamente muchos argentinos, de banqueros a plomeros, han salido adelante. Muchos tienen salarios ajustados al índice de la inflación, y mucha gente que fija sus propios honorarios, como los doctores y carpinteros, cobran casi a su gusto. Tener un hijo, por ejemplo, cuesta 5.000 dólares en un hospital privado.

Es esta nueva clase media, que recurre a los aparatos importados como exprimidores de jugos y televisores a colores, la que ha inundado las tiendas. El gobierno militar ha estado reduciendo los aranceles de importación con la esperanza de que la competencia de artículos importados más baratos y mejores disminuya los precios de los productos nacionales.

Los obreros, que anteriormente se habían beneficiado de las políticas proteccionistas erráticas en esta ocasión, han sido menos afortunados. Sus compañías se encuentran acosadas por la competencia y las tasas de interés sobre los préstamos. Algunas han cerrado sus puertas, e incluso los militares temen una reacción de los trabajadores.

En febrero, el Instituto de Investigación Económica de la Universidad de Buenos Aires realizó un estudio en 300 fábricas importantes en la zona de la capital y encontró que un trabajador necesita más tiempo para ganar el precio de artículos básicos, como la leche y el pan, que hace un año. El vino fue uno de los pocos artículos más baratos en términos de tiempo trabajado.

Argentina sin embargo es principalmente un país de clase media que todavía disfruta del nivel de vida más elevado de Latinoamérica. Los trabajadores no calificados, según el estudio, ganan hasta 8.700 dólares al año, en tanto que los trabajadores calificados hasta 15.000 y sus supervisores de planta hasta 28.000 dólares.

La clase media también realiza negocios arriesgados. Algunos trabajadores despedidos compran cemento y madera, los conservan, y después los venden cuando el precio sube, por lo general en un mes.



El Presidente de Argentina, general Roberto Eduardo Viola